

Relaciones y Autonomía.

Caracterizaciones de un desafío teórico en el caso del movimiento de mujeres de Nicaragua

Humberto Mario Meza

meza.humberto@gmail.com

UNIVERSIDADE ESTADUAL DE CAMPINAS (UNICAMP) / Brasil

Área Temática: Participación Política de las Mujeres en América Latina

Comentador: Felipe Burbano

Trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013.

RESUMEN

Este trabajo pretende dialogar con indagaciones teóricas que analizan los fenómenos de la acción colectiva y los movimientos sociales a la luz de sus relaciones con los espacios institucionalizados de la política, particularmente, partidos políticos. Parto de la comprensión de que los recientes cambios en algunos contextos de Latinoamérica representan una inflexión que empuja a una operación analítica altamente desafiadora. En términos concretos, implica la necesidad de abandonar criterios rígidos que definen a los actores de forma esencialista, esto es, al estado, los partidos y al propio movimiento de forma separada. Desde la perspectiva empírica empuja a los analistas a ampliar al foco hacia las dinámicas relacionales de los activistas conjuntamente con las estrategias que movilizan cuando interactúan con las instituciones políticas. De esta forma, se configura una tensión que coloca a la “autonomía” en el centro del debate en una complicada relación con la “eficacia” de sus estrategias. Analizaremos las implicaciones de esa tensión en el terreno teórico, al indagar qué es lo que necesitamos para explicar y caracterizar esa tensa interacción. Tomaremos como base empírica la experiencia del Movimiento de Mujeres de Nicaragua, el cual ha experimentado no sólo una complicada relación con el Estado desde la llegada de Daniel Ortega al poder en 2007 sino además relaciones de alianzas y acuerdos interinstitucionales con partidos políticos, particularmente partidos de oposición.

1. INTRODUCCION

Los cambios políticos experimentados en algunos contextos de América Latina, desde la llegada de gobiernos surgidos de movimientos sociales o mínimamente comprometidos con una agenda de izquierda¹, han conducido a una inflexión teórica que se expresa en nuevas formas de analizar el activismo social y las formas de participación política.

Este nuevo repertorio de agenda de investigaciones incluye un interés académico por indagar los fenómenos que mejor caracterizan estas configuraciones del contexto actual. De esa forma, podemos encontrar análisis que intentan detectar cual es la narrativa de la “nueva izquierda” en la región (Sousas, 2007; Moreira, 2007 y Pousadela, 2010)², o bien textos académicos motivados por la necesidad de estudiar fenómenos asociados a estos cambios, como por ejemplo, los mecanismos de Democracia Directa (Setala & Schiller, 2009; Altman, 2005 y Welp & Serdult, 2012).

En relación al primer debate, la dificultad parece estar centrada en describir – y caracterizar – los rasgos de esa nueva izquierda sin recurrir a las dicotomías que inundaron el debate regional que empezaba a distinguir una izquierda “progresista” en contraposición a una “populista” como puntos de partida para analizar los nuevos contextos. En consecuencia, esa discusión ha sido incapaz de capturar la complejidad que estos cambios representan en

¹ Aunque usamos aquí la denominación de izquierda, no queremos asumir esta categoría para caracterizar gobiernos con el imaginario de “contestatarios” correspondientes con las aspiraciones movimentalistas de los años 80s. En cualquier caso reconocemos que sí existe un nuevo escenario político en la región, pero no de total ruptura con anteriores formas de gobierno, y sí de formas híbridas de hacer política con modelos económicos de continuidad. Volveremos a ese debate más adelante

² Mayores detalles de ese debate lo podemos encontrar en la serie de producciones recogidas por las revistas de OSAL entre 2007 – 2011

términos de interacciones entre lo social y político, de manera general, o entre los movimientos sociales y las instituciones políticas, en particular estado y partidos políticos, en estos contextos.

Una complejidad que Pousadela (2010) incorpora en el centro del debate, al dotar a este tipo de interacciones la capacidad de mostrar los trazos distintivos de esta nueva configuración. Así ella afirma:

“En cierto modo, es posible afirmar que la posición de izquierda es hoy, más que nunca, la de la reivindicación de la política en su capacidad instituyente- o, en los términos de Lefort, de lo político entendido como el movimiento que da forma y confiere sentido a lo social. La izquierda accede al poder en nuestros países, precisamente en un momento en que la necesidad de la política – desterrada por el neoliberalismo en nombre de la gestión – difícilmente hubiera podido ser mayor, dado los imperativos de reconstituir el vínculo social y de devolver legibilidad a una sociedad compleja e imprevisible, cuyas múltiples líneas de clivaje se entrecruzan desordenadamente” (2010: 16 – 17).

Una segunda implicación teórica reside en la agenda investigativa que analiza los mecanismos de Democracia Directa como una secuencia de estas transformaciones políticas. Las principales dimensiones de este debate en América Latina están en explicar el funcionamiento de tales mecanismos, anhelando detectar si responden a un uso institucional que coloca su génesis en la esfera de poder (es decir, se convocan desde arriba hacia abajo vía consultas populares o referéndum convocados por el Poder Ejecutivo) o si responden efectivamente a presiones del activismo social.

Según una parte de esta literatura (Setala & Schiller, 2009; Altman, 2005) estos mecanismos se expresan en Latinoamérica a partir de un esquema “top – down” desde que la mayoría de los procesos de consulta en la región (más del 80%) son convocados partiendo de los grupos de poder político o de los mismos gobiernos. Aunque los autores argumentan, casi en consenso, que el aumento en el uso de estos mecanismos de Democracia Directa pueden profundizar la democratización en la región, advierten de “ciertos riesgos” políticos como consecuencia de los mismos³.

Los riesgos, en la visión de estos autores, están en que los mecanismos de democracia directa, analizados como una aproximación del Estado a la Sociedad cada vez mayor, sustituyan gradualmente las esferas institucionales de deliberación – y eventualmente de decisión – como los poderes legislativos o los propios consejos de participación. Sin embargo, lo que en esta literatura se refleja como un factor riesgoso para las democracias en construcción, la bibliografía de movimientos sociales lo adopta como un elemento fundamental de inflexión que coloca en el centro del debate la propia categoría de “autonomía” de los movimientos sociales.

En otras palabras, si asumimos la comprensión de Pousadela (2010) citada anteriormente, de que la configuración contemporánea de Latinoamérica está determinada por la restitución de los vínculos sociales – políticos “a través de clivajes entrecruzados”, entonces nos encontramos con un panorama que desafía directamente la comprensión tradicional del activismo social que se ha caracterizado por comprender a los movimientos sociales como actores al margen de las influencias políticas de poder y, eventualmente, opuestos al mismo.

³ Para más detalles sobre ese tipo de debate ver a Welp and Seldurt (2012)

En un artículo bastante ilustrativo sobre las implicaciones teóricas de estos cambios – aunque bastante descriptivo sobre la realidad contemporánea de América Latina – Zibechi (2006) apuntó a la necesidad de complejizar no solamente los conceptos más característicos del momento actual, tales como “continuismo”, “traición” entre otros para abordar las relaciones sociedad-estado, sino también problematizar los abordajes sobre “las dos vías” que están expresadas en estas transformaciones, puesto que la llegada de estos tipos de gobiernos al control del Estado acusan tanto a un efecto del activismo social como al involucramiento de miembros de esos estados en cambios más profundos desde las esferas del poder.

Es decir, se trata de cambios que no sólo levantan preguntas sobre la cercanía de la “política” al campo social sino que además iluminan nuevas indagaciones sobre formas de activismo dentro del Estado y sobre las relaciones – y el papel- de los partidos políticos en esta nueva configuración.

Es con la suma de estos desafíos teóricos con lo que dialogaremos en el presente texto, a partir de una realidad bastante compleja: la de la experiencia de las relaciones del Movimiento de Mujeres con los partidos políticos en Nicaragua, a partir de la llegada del Frente Sandinista (FSLN) al poder en enero de 2007.

Daniel Ortega, del FSLN, gana las elecciones presidenciales en noviembre de 2006, apenas dos semanas después que el Parlamento nacional, con los votos de los propios diputados sandinistas, criminalizara el aborto terapéutico vía reforma al Código Penal, instaurando así un modelo de estado al que las mujeres acusan de “abiertamente confesional” y sobre el cual las motivan a organizarse- y autodenominarse – como “la mayor oposición” del país⁴.

La tensión entre el nuevo gobierno y el movimiento de mujeres empujó a estas actoras a diseñar alianzas con partidos políticos de oposición, al punto de ensayar formas de interacción política para incorporar las estrategias de género en las esferas institucionales, particularmente de partidos políticos con presencia en el Legislativo, y así enfrentar los planes del gobierno que pudieran afectar la actuación del movimiento en el país.

Para efectos de este trabajo, nuestro análisis estará centrado sobre estas estrategias con el objetivo de entender como tales interacciones no sólo ocurren en las fronteras entre el estado y la sociedad civil, sino que también incorpora e impacta en los partidos políticos, diseñando un esquema de relaciones que replantea conceptos como “autonomía” y “cooptación”.

Intentando desarrollar este debate decidimos dividir el presente paper en tres secciones. En la primera, descifraremos en la medida de lo posible, el estado actual de las discusiones relacionales dentro de la literatura sobre movimientos sociales y acción colectiva. Navegaremos lo más profundo que podamos en esta bibliografía y sus abordajes más recientes para detectar cuál ha sido la visión destinada a las instituciones políticas.

Conjugaremos esa discusión con el aporte teórico ofrecido en el análisis de Tatagiba (2011) que analiza estas relaciones (entre los movimientos sociales y las instituciones políticas, incluyendo los partidos) a partir de la tensión entre “eficacia” y “autonomía” que

⁴ Detalles sobre las implicaciones más significativas en términos de un retraso institucional relacionado al regreso de Ortega al poder puede encontrarse en “*Nicarágua: Eleições fraudulentas e uma ditadura institucional*” de Vigil, Maria Lopez in: http://www.correiocidadania.com.br/index.php?option=com_content&view=article&id=6538:submanchete21111&catid=30:america-latina-&Itemid=187

domina el cotidiano de los movimientos sociales al asumir esta interacción. Veremos cuanto puede ser útil el concepto de Munk (1995) sobre el “partido político como filtro para el activismo y la participación” y en donde está el aporte del continuum que hace Goldstone (2003) para graficar los tipos de interacciones que se suscitan entre los movimientos sociales y los partidos políticos

En la segunda sección analizaremos las dimensiones del campo escogido. Veremos cuáles han sido las motivaciones, los desafíos y los alcances que ha tenido el movimiento de mujeres de Nicaragua para el desarrollo de sus alianzas con los partidos políticos, enmarcados en un contexto de gobierno sandinista, el cual al menos en sus relaciones con los actores sociales muestra una radical diferencia con el estilo de gobierno que caracterizó al periodo revolucionario de los años 80s.

Concluiremos este ensayo con algunas notas analíticas, en modo de corolario, que nos permitan explicar cuál es la contribución de este caso escogido para el debate teórico en curso, relacionado con los movimientos sociales y el campo relacional en construcción. Apuntaremos cuáles son los desafíos y cuáles pueden ser los avances de este abordaje para la comprensión de los cambios políticos experimentados hoy en día en Latinoamérica.

Esta discusión forma parte de una investigación doctoral, actualmente en curso, que aspira a entender el “lugar” de la autonomía en las relaciones que el movimiento de mujeres de Nicaragua ha costurado con los partidos políticos, particularmente FSLN y MRS, desde los años que siguieron al fin de la revolución sandinista hasta el regreso del FSLN al poder en enero de 2007. En esa discusión analizamos la trayectoria del movimiento, bajo el entendido de que la trayectoria es un recurso fundamental para el cálculo de los actores al incursionar en estas relaciones.

El tema de las relaciones entre los movimientos sociales y el mundo institucional de la política es parte de un repertorio de investigaciones desarrolladas actualmente por el Núcleo de Estudios en “Participação Política e Movimentos Sociais”, de la Universidad de Campinas (UNICAMP) en Sao Paulo. Más detalle de estas investigaciones pueden ser consultadas en: http://www.nepac.ifch.unicamp.br/pt-br/producao_academica

2. Trazos de un desafío teórico: El análisis relacional en la teoría de los movimientos sociales

La bibliografía sobre la acción colectiva y los movimientos sociales desarrollados a partir de finales de los años sesenta se ha caracterizado por una alta riqueza y pluralidad de corrientes que, a pesar de la fértil producción intelectual y sus propuestas de abordaje, no ha sido capaz de capturar una única definición conceptual sobre qué caracteriza – y qué distingue – al propio actor “movimiento social”.

Pero lejos de ser una deficiencia teórica, la ausencia de un “concepto único” del movimiento social ha permitido el desarrollo de una riqueza analítica que le confiere a las teorías de la acción colectiva un estatus importante en las ciencias sociales contemporáneas, incitando a aproximar la realidad empírica a las abstracciones conceptuales. Una característica que Klandermans & Staggenborg (2002) atribuyen a las constantes transformaciones políticas de las sociedades complejas, a final de cuentas, el activismo social y las formas organizativas que éste expresa se han expandido en visibilidad e importancia desde los ciclos más fuerte de contención entre los años 60 – 70s

Esta diseminación del activismo también condujo a la formación de grandes modelos teóricos que se constituyeron en metas-narrativas formadoras de tres corrientes importantes, que por muchos años reflejaron las visiones y anhelos de teóricos y analistas en relación a los avances de la democratización en el mundo occidental⁵.

Una vez superados los abordajes comportamentalistas que explicaban el activismo como meras “respuestas patológicas” (Melucci, 2010) a decisiones políticas, las teorías de los movimientos sociales se depararon con una cierta “pulverización” analítica que empezó a incorporar otros abordajes como las emociones (Jasper, 2006), las narrativas de los activistas (Polleta, 1998), la espiritualidad (Alexander, 2006) y, entre otros aspectos, las relaciones del activismo con los sistemas políticos como un factor clave para el análisis.

En su obra más emblemática sobre la vida cotidiana y las sociedades complejas, Melucci (2010) aborda la pertinencia, pero también los desafíos, de incorporar el análisis sobre la interacción de los movimientos sociales con las instituciones políticas en la cartografía contemporánea del activismo social. El autor parte de la constatación de que los movimientos sociales surgen dentro y fuera de los sistemas políticos, y por ello no aceptan ni rechazan tales vínculos, pero buscan como superarlos. Esta constatación sugiere que los análisis de los movimientos sociales adopten el tema de las relaciones con las instituciones políticas como un “problema teórico” central para explicar los elementos que definen a la “autonomía” en el campo de las dinámicas sociales, un problema que en palabras del autor “es clave para leer de forma transversal la realidad social contemporánea, mediante un enfoque eminentemente sociológico” (2010: 174 -175).

Incorporar el tema de las relaciones en este análisis, con todo, conduce a un desafío metodológico. Al final de cuentas, el analista se confronta con la cuestión de delimitar un espacio conceptual que integre a ambas esferas (la del campo movimentalista y la de las instituciones políticas) sin otorgarle atributos esencialistas. En otras palabras, no sólo se trata de despojarse de los binarismos (*lo social vs lo político*) para analizar los fenómenos del activismo contemporáneo, sino además de problematizar las definiciones esencialistas que han caracterizado a los movimientos, al estado y a los partidos políticos desde sus respectivos paradigmas de análisis.

Sin duda, estamos frente a un panorama explicativo que de entrada cuestiona herencias teóricas tradicionales. A lo largo de las últimas tres décadas, los modelos explicativos de los movimientos sociales han sido altamente influidos por la visión “contenciosa” en relación al activismo. Inspirados en el esquema conceptual de Tilly (1978) las teorías de la acción colectiva han partido de los presupuestos de que los actores se organizan colectivamente para confrontar, “desafiadoramente” al poder, constituyéndose por tanto en actores “outsiders” de los sistemas políticos, o cuando menos, opuestos al propio sistema.

Pero tal carácter definitorio de los movimientos sociales, aunque quizás ampliamente aceptado por los analistas⁶, nunca se constituyó en un factor de consenso teórico. La disputa

⁵ Nos referimos aquí a la Teoría de Movilización de Recursos (McCarthy y Zald, 1977) que sintetizó los aportes de la teoría estadounidense alrededor de los recursos que los actores movilizan para su activismo, la Teoría del Proceso Político (Snow, 1986 & Tarrow, 1997) que generó conceptos fundamentales como la Estructura de Oportunidades Políticas y los ciclos de contención y la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales (Melucci, 1994) que influyó decisivamente en la tradición teórica de América Latina

⁶ En el análisis realizado por Munk (1995) aparece una interesante distinción sobre los énfasis de ambas escuelas: “La diferencia entre la bibliografía estadounidense y la europea no radica en que una favorezca a los actores, mientras que la otra describe un proceso sin actores. La diferencia es, más bien, que mientras el enfoque estadounidense, centrado en el actor, toma a los fundadores de un movimiento social como un supuesto, los

entre los paradigmas teóricos europeos y estadounidense sobre los movimientos sociales, característica de las décadas 70s y 80s, reflejaba una tensión entre “las estrategias” y la “identidad” como los principales focos para explicar el surgimiento del activismo. Mientras la escuela norteamericana indagaba sobre “lo que los movimientos movilizan” cuando se movilizan, los europeos marcaron el acento sobre el “cuándo y en cuál proceso surgen las movilizaciones”.

Aunque no podemos obviar el enorme avance que los teóricos de ambas corrientes aportaron al iniciar un “diálogo transoceánico”⁷ que superara sus dicotomías, los enfoques heredaron una tradición analítica que tensionó los abordajes teóricos entre las categorías de “estrategias” de los movimientos y la “identidad” de los mismos. En otras palabras, el foco de los análisis siempre estuvo en detectar cómo surge y qué define a los movimientos sociales cuando estos ocupan la escena, pero siempre en disputa de si esta identidad define las estrategias, o si por el contrario son las estrategias las que definen al movimiento.

Al constituirse en una categoría imprescindible para el análisis de los movimientos sociales, *la cuestión de la identidad* suscitó contribuciones explicativas fundamentales de diversos autores sobre los fenómenos del activismo. Una de las mayores contribuciones que nos interesa colocar aquí es la que elaboró Diani (1992), a través de su propuesta de análisis de redes para incorporar el abordaje relacional, y el vínculo de esa óptica con la identidad del movimiento. Diani usa el concepto de *redes* para ilustrar que los movimientos operan a través de una “interacción informal” entre individuos, grupos y organizaciones. Pero esa “red de interacción” funciona como categoría de identidad porque al mismo tiempo que le permite a los actores “diferenciarse” a sí mismos con relación a otras formas organizativas, nos amplía el lente para que consideremos que en el conjunto de los movimientos caben una pluralidad de individuos, intereses y formas de organización.

Ya en 2003 el autor afina su interpretación⁸ al definir a los movimientos sociales sobre tres dimensiones, esto es, como “networks of *informal interactions* between a plurality of individuals, groups or associations, engaged in a *political or cultural conflict*, on the basis of a *shared collective identity*” (Diani, 2003: 301).

De las tres dimensiones apuntadas por Diani, queremos detenernos sobre la segunda – los actores comprometidos con un conflicto – que nos permite entender cómo ocurre la interacción de los actores sociales con las esferas políticas. En principio creemos que a pesar que esta caracterización nos remite claramente al registro contencioso desarrollado por Tilly, Diani no nos conduce a buscar “los eventos de los conflictos” sobre los cuales operan los actores, sino que lo que existe es la formación de una disputa, sea política, cultural o de significados que emerge dentro del proceso en que los movimientos sociales ganan visibilidad.

Usando mejor las categorías de Melucci, se trata del momento en que las organizaciones dan el paso “de la latencia a la visibilidad”, cuya transición empieza a demandar mediaciones y representación adecuadas para informar de la disputa que está colocada ahí. Al final de cuentas, los movimientos desempeñan una función de informar, de

europeos insisten en que el análisis no debe comenzar con los actores, pero sí en cambio, con una explicación de la emergencia de estos actores” (1995: pp. 25)

⁷ Nos referimos a la publicación de McAdam y McCarthy “Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas”, 1996, que inaugura una interacción entre ambas corrientes

⁸ Diani.- Social Movements and Networks. Relational Approaches to Collective Action. Stanford: Oxford Ed. 2003

nombrar, de transformar códigos, de crear élites políticas, etc, pero no necesariamente lo hacen desde un registro desafiador, contencioso, ni de ruptura con el sistema político. De hacerlo, no podrían dispensar de las vías de mediación o por lo menos de certificación de las instituciones de la sociedad (sea la Iglesia, los Medios de Comunicación, las Universidades u otras organizaciones).

El siguiente pasaje de Melucci nos ayuda a comprender mejor las implicaciones que surgen a la luz de este proceso:

“Esos movimientos van a ocupar un espacio intermedio de la vida social, en el cual se entrelazan necesidades individuales e impulsos de innovación política. Las características de estos movimientos hacen que la eficacia de los conflictos sociales pueda ser garantizada sólo por la mediación de los actores políticos, pero sin reducirse nunca a ella. El impulso innovador de los movimientos no se agota en una transformación del sistema político por obra de los actores institucionales; sin embargo la posibilidad de que las demandas colectivas se expandan y encuentren espacio depende del modo en que los actores políticos logren traducir en garantías democráticas las demandas procedentes de la acción colectiva”. (2010: 108).

Aunque este análisis de Melucci puede parecer bastante reduccionista políticamente hablando – al darle un peso muy importante a la “política-institucional” como “el lugar” donde ocurre el cambio – consideramos que, con todo, él nos puede dar las primeras pistas para encontrar cuál es el lugar que ocupa el análisis de las relaciones “movimientos – instituciones políticas” en la bibliografía sobre el activismo y cómo estas conducen al debate sobre autonomía. Pero, ¿de qué manera las explicaciones de Melucci nos conducen a ello?

En principio, Melucci nos ayuda a ver que los movimientos ocupan también un espacio de intermediación, el mismo que por años la literatura de partidos políticos⁹ le atribuía a este tipo de organizaciones, con la única distinción que los movimientos sociales no desarrollan estrategia para la obtención del poder vía elecciones, pero tampoco se restringen a cambios a nivel de los códigos en las relaciones sociales.

Al mencionar “el lugar” que los movimientos sociales ocupan en las dinámicas de las relaciones sociales, la teoría nos lleva a discutir los límites que los actores van instaurando en las dinámicas de relaciones sociales. De hecho, el debate sobre las fronteras de los movimientos, relacionado con esta discusión, fue abordado ampliamente por Goldstone (2003) al analizar los fenómenos que están presentes en las relaciones entre los movimientos sociales con los partidos políticos.

De entrada, Goldstone propone eliminar los límites que separan las estrategias de protesta contenciosa de las acciones convencionales de negociación política que los actores sociales ejecutan, por el simple hecho de que los avances democráticos (como los descritos al inicio de este artículo) revelan la existencia de flujos permanentes entre las diversas escenas de la esfera social y política. Es un hecho que el activismo se desarrolla en las esferas sociales y también en el de las instituciones políticas y no sería oportuno, en términos teóricos, crear una división cualitativa entre los actores que están más en el lado “in” de las relaciones (en el sentido de alineamiento al diálogo e interlocución con las autoridades) y los que están más “out” de las mismas (en el sentido de desafiadores que se relacionan a través de la confrontación).

⁹ Para más detalles sobre un análisis del “lugar” de los partidos políticos, ver la revisión teórica de Baquero (2000) “*A vulnerabilidade dos partidos políticos e a crise da Democracia na América Latina*”

Es por ello que la figura de *continuum* que Goldstone nos propone es absolutamente útil para observar cómo los cambios del contexto político influyen en moldear gradualmente las relaciones que los movimientos sociales van diseñando con las instituciones políticas (estados y partidos políticos), al punto de enfrentarnos a relaciones que son difícilmente de cualificar con nominaciones concretas. Para comprender la contribución de Goldstone, queremos basarnos en su siguiente cuadro analítico:

“It is more accurate to think of a continuum of alignment and influence, with some groups having very little access and influence through conventional politics, others having somewhat more, and still others quite a lot; but groups may move up and down this continuum fairly quickly, depending on shifts in state and party alignments. Protest may sometimes be a means of moving upward along the continuum, or a response to movement downward, or even an option that becomes easier and more available as institutionalized access increases (Meyer and Tarrow 1998a)”

Partiendo de este análisis, inferimos que las relaciones entonces son de diversas categorías, de modo que a lo largo de la línea “goldstoneana” podemos atestiguar relaciones de “independencia” (cuando la separación entre los movimientos sociales y los partidos políticos es definitiva), de “cooperación” (cuando hay un intercambio de mutuo beneficio) y de “interpenetración” (cuando las fronteras se diluyen y resalta la dupla militancia, las agendas compartidas, etc), con la particularidad de que en este continuum ellas van ocurriendo en simultáneo, siendo complicado entender cuáles son las líneas divisorias entre una y otra. En fin, se trata de un panorama en el que nominaciones como “cooptación” en contraposición a la “autonomía” no son más suficientes y los analistas requerirían aprehender la multiplicidad de las relaciones que puedan surgir en el campo empírico.

Pero esa interpretación nos empuja también a otro debate del cual, quizá por un error de análisis, estamos obviando hasta aquí: el de los repertorios. Los repertorios de la acción colectiva es un concepto desarrollado por Tilly (1986) para graficar el resultado de los cálculos que los actores hacen para el diseño de sus estrategias. En ciertos momentos, repertorios y estrategias pueden ser comprendidos de manera similar, sin embargo, la construcción teórica de Tilly nos permite ver a los repertorios como una formación temporal y aprendida colectivamente que le da sentido al activismo, muy distintamente a la noción instrumentalistas que tienen las estrategias. En otras palabras, mientras los repertorios se ubican en tiempos y procesos más amplios, las estrategias responden a cálculos inmediatos.

Uno de los análisis más interesantes sobre la interacción de estas tres categorías (de estrategias, identidad y autonomía) es la que realiza Munk (1995) al sintetizar la calidad de los desafíos metodológicos que enfrentan los analistas al incorporar el tema de las relaciones de los movimientos sociales con las instituciones políticas.

Munk toma como punto de partida el consenso, ya mencionado por Melucci, de que los movimientos sociales están orientados hacia el cambio. Esta concepción, según el autor, nos llevaría a observar una tensión constante entre las estrategias del movimiento (para hacer el cambio deben ser estratégicos) que ha sido la marca distintiva de las teorías estadounidenses, y la identidad del actor (puesto que debe prevalecerse su distinción no negociable que es su lugar de origen, el de la sociedad civil) que ha sido la marca distintiva de la escuela europea. Ambos elementos entran en tensión cuando los movimientos sociales interactúan con los sistemas políticos para generar el cambio, pues los movimientos deben mantener una negociación entre su trazo estratégico y la preservación de su identidad para negociar con las instituciones políticas.

No obstante, tal vez el mayor problema que encontramos en ese análisis es que asume que la identidad del movimiento – precisamente por su lugar de origen, el de la sociedad civil – es particularmente “defensiva” y que al implementar sus estrategias e interactuar con el campo político institucional son empujados a una “estrategia ofensiva”, una visión que a todas luces niega la posibilidad de un continuum goldstoneano en donde las estrategias de los actores, se van alterando de forma simultánea al punto de que la transición entre las relaciones de “colaboración-cooptación-interpenetración-independencia” es prácticamente imperceptible.

En cualquier caso, la propuesta del continuum comulga naturalmente con el análisis que nos ofrece Tatagiba (2011), quien considera que las relaciones entre los movimientos y los actores políticos-institucionales no son de una naturaleza fija, y por tanto la intensidad de las mismas, así como el alcance y sus implicaciones son diversas, capaces de ser aprehendidas adecuadamente por una profunda investigación empírica, bajo el supuesto de que son las transformaciones políticas del contexto las que determinaran esa intensidad y esas implicaciones.

Pero la autora no reposa por completo sobre las coyunturas como único factor explicativo. En este sentido, agrega:

“Sustento também que, apesar dessa diversidade dos vínculos, essas relações são marcadas por uma tensão intrínseca entre os princípios da autonomia e da eficácia política, com repercussões sobre as estratégias de ação dos movimentos em conjunturas políticas específicas. A depender da conjuntura, essa tensão pode se apresentar de forma mais ou menos intensa (2011: 236)”.

La única distinción entre este último análisis con el desarrollado por Munk, es que en la visión de Tatagiba los actores asumen esa tensión para mantenerse en el juego político de la negociación preservando su capacidad de redefinir la identidad, mientras que en la configuración teórica de Munk, los actores entran a la relación bajo el riesgo de hipotecar la autonomía que les define estratégicamente.

Pero en su diseño teórico, Munk nos ofrece un concepto fascinante que nos parece altamente conveniente para entender los elementos complejos de la realidad contemporánea que nos interesa analizar. De acuerdo con el autor, los movimientos sociales llegan a evitar el riesgo al no restringir sus relaciones apenas con el estado a la hora de implementar las estrategias para generar el cambio. Al final de cuentas, las relaciones con el campo político institucional no es homogéneo y los actores se relacionan con partidos políticos bajo una modalidad distinta a la de las relaciones con el estado, al punto que el partido político les ayuda a “filtrar” los riesgos de la interacción con el campo estatal. En la visión del autor:

“La conexión entre los movimientos sociales y los partidos, como organizaciones orientadas hacia la articulación de proyectos globales, aporta generalmente el filtro necesario entre los movimientos sociales y el Estado. En particular, este tipo de alianzas permite evitar los considerables riesgos estratégicos que surgen cuando se enfocan directamente al Estado. La promesa de una relación mutuamente beneficiosa entre los movimientos sociales y los partidos se ve obstaculizada por las diferencias entre éstos y los partidos (...) es probable que las alianzas sean algo tensas. Pero esta tensión, en vez de ser algo negativo, es más bien una señal de que los movimientos sociales no han sucumbido a las presiones de los líderes de los partidos políticos, y han conservado, en cambio, su autonomía y arraigo en la sociedad civil” (1995: 35).

Hasta este punto de nuestro análisis teórico creemos que hemos reunido tres conceptos y comprensiones teóricas que nos dan un doble aporte valioso. Por un lado, el de apreciar la

complejidad analítica de incorporar el tema de las relaciones de los movimientos y las instituciones políticas en nuestra agenda de investigaciones sobre las realidades contemporáneas de Latinoamérica. Estos tres conceptos se resumen en el *continuum* de las relaciones, en base a la línea propuesta por Goldstone, el rol del *partido como filtro* para las estrategias de los movimientos, propuesto por Munk y *la tensión entre eficacia y autonomía*, según la elaboración teórica de Tatagiba.

Por otro lado, estas visiones también nos permitirán navegar con lecturas nada dogmáticas y altamente desafiantes sobre una realidad que resulta igualmente compleja: la de la Nicaragua de 2007 – 2011, período en el que cambió drásticamente su panorama de relaciones Estado- Sociedad Civil tras la llegada del presidente Daniel Ortega al poder.

Como fue descrito en la presentación de este documento, una de las implicaciones del nuevo contexto sandinista en el poder ha sido el distanciamiento absoluto entre el movimiento de mujeres con el estado, lo que condujo a las actrices del movimiento a que diseñasen alianzas inéditas en los arreglos organizacionales de ese país con los partidos políticos, particularmente de oposición.

En la sección a seguir analizaremos cuáles son los fenómenos de esa realidad, basados en las comprensiones desarrolladas hasta aquí, para ver si estas comprensiones son suficientemente útiles para explicar los alcances de las relaciones costuradas por el movimiento de mujeres de Nicaragua, qué podemos ganar con los conceptos y cuáles son los elementos de la realidad que quedan descubiertos para definir los desafíos de futuras investigaciones sobre este caso.

3. “A nosotras solas nos lleva el diablo”. Las experiencias de las relaciones políticas del movimiento de mujeres de Nicaragua 2007 - 2011

En los meses previos a la campaña electoral de 2006, el movimiento de mujeres de Nicaragua decidió instaurar una de las estrategias de alianza que marcaría un factor inédito en los arreglos organizacionales de este país centroamericano. El Movimiento Autónomo de Mujeres (MAM), la mayor red feminista del país, decidió suscribir un acuerdo de alianza con el Movimiento de Renovación Sandinista (MRS), partido que surgiera entre 1994 – 1995 como producto de la disidencia más fuerte que ha sufrido el FSLN pocos años después del fin de la revolución popular sandinista.

El acuerdo implicaba acciones de respaldo al MRS durante la campaña electoral, pero condicionado a una serie de decisiones que el partido debería de cumplir, tanto en el periodo electoral como si llegara al poder. Sofia Montenegro, una de las miembros de la Coordinadora Política del MAM explica las razones que condujeron al movimiento a asumir esa estrategia entre sus principales agenda de alianzas:

“No fue la campaña. Fue el análisis de escenarios. Hicimos un análisis de escenarios sobre la regresión autoritaria en el país, a partir del pacto¹⁰ y la preparación del FSLN para la toma del

¹⁰ En 1998, dos años después de su segunda derrota electoral, Daniel Ortega como líder de la oposición sandinista desde la Secretaría General del FSLN fue acusado de violación por su hijastra, Zoilamérica Narváez, en un emblemático caso que condujo al desprestigio internacional del FSLN y dividió por la mitad al movimiento de mujeres en el país. Para evitar ser procesado, Ortega (siendo diputado) negoció reformas a la Constitución Política y a la Ley Electoral, con el entonces presidente Arnoldo Alemán (1996 – 2001) quien no sería acusado por el FSLN debido a los casos de corrupción que se dieron con el envío de donaciones

poder de vuelta (...) Bueno, efectivamente teníamos que estar preparadas para el peor escenario y eso nos llevó a decir que a nosotras solas nos lleva el diablo y por eso la decisión fue decidir apoyar a una alternativa que no fuera el FSLN y entre eso encontramos tres cosas que necesitábamos para una estrategia de defensa: sostener la existencia del movimiento autónomo, contribuir a desarrollar una sociedad civil fuerte y autónoma y contribuir a la construcción de una nueva izquierda. Eso para nosotros era lo más estratégico para el movimiento y para la Democracia”.

En estas razones expuestas por Montenegro también caben otros elementos de la coyuntura política que vale la pena explicitar aquí. El MRS surge a mediados de los 90s, cuando el FSLN aun enfrentaba su mayor crisis interna debido a la derrota electoral de febrero de 1990. Esa derrota no sólo constituyó el fin del período revolucionario, sino que generó impactos para la reorganización de las entonces llamadas “organizaciones de masas” en las cuales se integraban militantes del movimiento de mujeres que provenían de la Asociación de Mujeres Luisa Amanda Espinoza, AMNLAE¹¹.

El conflicto interno del FSLN en aquella época se expresaba en los desacuerdos alrededor de la conducción del partido, desde la oposición. El sector que presionaba por implementar acciones de diálogo y negociación con el estado, y que reunía a una gran cantidad de guerrilleros tradicionales durante la lucha contra Somoza, acabó siendo expulsado durante el Congreso Sandinista de 1995, dejando al FSLN prácticamente bajo el control absoluto de los líderes afines a Ortega. En los meses siguientes, ese fue el sector que fundó el MRS.

El embate interno se trasladó de inmediato al plano electoral. El MRS comenzó a conquistar algunas plazas electorales durante los comicios que se desarrollaron en 1996 y 2000, sin embargo fracasaba en quitarle los votos a Ortega, quien se mantenía con una base electoral fija del 38%.

Pero en los comicios de 2006 esta correlación empezó a cambiar considerablemente. El MRS mostraba que tenía las posibilidades de conquistar el electorado de Ortega, al colocar como candidato a la Presidencia al ex - alcalde de Managua, Herty Lewites, uno de los entonces líderes sandinistas más carismáticos surgidos desde los primeros años del período revolucionario. En otras palabras, una distinción de esas elecciones es que no se trataba de la tradicional disputa “Ortega vs Derecha” como solía ser en los comicios anteriores (1996, 2001), sino de un evento que dividía por completo la base de izquierda que ya se mantenía

humanitarias tras el paso del Huracán Mitch, a cambio de que el gobierno presionara al poder judicial para desestimar la acusación contra Ortega. De esa negociación, Alemán obtuvo una diputación automática cuando concluyó su mandato para evitar, aún fuera del poder ser procesado por casos de corrupción (algo que años después no consiguió cuando Estados Unidos promovió una acusación internacional por lavado de dinero). Ortega, por su lado, sería beneficiado por la reducción del porcentaje, estimado en la Constitución, para alcanzar el triunfo electoral en primera vuelta, entre otras enmiendas que le otorgaba altos cargos públicos a líderes sandinista allegados a Ortega. Esa negociación, entre otros acuerdos que incluyó colocar obstáculos para que partidos pequeños participen en elecciones fue lo que quedó conocida como el “pacto” (Baldizón, 2004)

¹¹ En los años 80s AMNLAE era la única organización admitida por el “partido-Estado” que entraba en el modelo de organización única y de vanguardia que caracterizó aquella década. A lo largo de los 90s, muchas organizaciones del movimiento se fueron separando de AMNLAE debido a las desavenencias alrededor del tema de la autonomía con relación al FSLN. Con el caso Zoilamérica, AMNLAE se distanció aun más del movimiento y desde 2007, con la llegada del FSLN al poder, es controlada férreamente por Rosario Murillo, la esposa de Ortega, al punto que no desarrollan ningún tipo de estrategias ni relaciones con otras organizaciones, ni menos acciones orientadas a cambios hacia el estado

profundamente fragmentada. Con su postulación por el MRS, Lewites iba mostrando gradualmente que tendría la capacidad de atraer los votos del FSLN, hasta que en plena campaña electoral el ex alcalde fallece de un infarto, situación que obligó a un cambio radical del rumbo y el contenido de toda la campaña.

Con la muerte de Lewites y los dos partidos de derecha totalmente debilitados, el FSLN echa a andar una estrategia de alianzas en el Parlamento con la bancada del entonces presidente Enrique Bolaños, para conseguir una enmienda al Código Penal – negociada por el Ejecutivo y la cúpula de la Iglesia Católica en el país- en la cual se criminaliza el aborto terapéutico. Apenas los diputados del MRS votaron contra la propuesta¹².

Esta fue la principal manera que el líder del FSLN encontró para evitar que la jerarquía católica desprestigiara su campaña electoral, marcada sobre todo por un discurso de “reconciliación, paz y cristianismo”, con el que ha pretendido borrar de una vez el pasado belicista que había caracterizado al FSLN inclusive durante el período de gobierno revolucionario. Al final, como afirma Kampwirth (2008):

“the FSLN’s becoming a less ideological party, advocating reconciliation rather than revolution, nearly a decade of pact making with the right, the alienation of the feminist movement from the FSLN and divisions within it and the increasing sophistication of the antifeminist movement” (2008: 123)

La criminalización del aborto terapéutico defendida por el propio Ortega a lo largo de toda la campaña electoral instauró, como era de esperar, una dura reacción de rechazo e indignación por parte del movimiento de mujeres augurando una fuerte oposición a la administración de Ortega, en caso que el FSLN llegara al poder. Esta tensión opositora entre las mujeres y Ortega fue la que caracterizó una buena parte de los rasgos de la administración sandinista 2007 – 2011.

Intentaremos detenernos en las características que distinguieron las estrategias del movimiento de mujeres en ese período para complejizar tal oposición. A final de cuentas, la tensión en las relaciones con el Estado bajo la administración del FSLN no implicaba que las organizaciones de mujeres desestimarían ocupar los canales institucionales del Estado para sus estrategias de movilización y “resistencia”. En la sub-sección a seguir describiremos los fundamentos de estas estrategias y trataremos de explicar como éstas condujeron al movimiento a diseñar acuerdos de alianzas con partidos políticos de oposición, al punto de alterar el diseño organizacional que caracteriza hoy al país.

3.1- Ocupar los partidos políticos desde el activismo movimentalista

Como fue descrito anteriormente, el movimiento de mujeres diseñó sus estrategias de relaciones antes de la propia campaña electoral. A inicios de 2006, los grupos feministas crearon una Mesa de Concertación nacional con una dupla finalidad política. Por un lado, el anhelo de instaurar, de una vez por todas una red feminista nacional cuyo proceso ya había sido frustrado en diversas ocasiones, apenas con esporádicas tentativas. Por otro, la creación de la red les permitiría diseñar estrategias concertadas para evitar que la enmienda penal relacionada con el aborto terapéutico tuviera éxito en el Parlamento.

¹² La criminalización del aborto terapéutico se dio dos semanas antes de las votaciones y contó con el apoyo de todos los diputados del FSLN y de las dos tendencias liberales (PLC y ALN) en el Congreso. Para más detalle ver: “Votos Vergonzantes” In: <http://impreso.elnuevodiario.com.ni/2006/10/27/nacionales/32372>

Fue así que la *Red de Mujeres Contra la Violencia* (la más beligerante plataformas en la lucha contra la violencia hacia las mujeres) en conjunto con el *Comité Nacional Feminista* (una articuladora de diversas ONGs feministas en varias ciudades) realizaron el *I Foro Nacional sobre Política y Ciudadanía de las Mujeres*, cuyos resultados fueron más allá de una simple declaración de las organizaciones feministas sobre la situación electoral. Fue la base para la formación del MAM (Documento Político, 2006).

Ese mismo año, la Mesa de Concertación se constituye en una especie de Coordinadora Política del MAM, con facultades para tomar decisiones sobre la relación de la red con organizaciones de base y la definición de las políticas de alianzas con otros (idem, 2006). Esta fue la estructura que decidió suscribir un convenio de colaboración y apoyo con el MRS frente a los comicios. Se trataba de un acuerdo inédito en las experiencias partidarias, pues nunca antes un movimiento social había depositado tan abiertamente y por escrito¹³, todas sus energías para un partido político en momento de campaña, con la particular excepción de las relaciones del FSLN con las organizaciones de masas durante el período revolucionario.

El acuerdo generó tensiones a lo interno del movimiento, llegando a la expulsión de 12 activistas y la creación de una organización que reivindicaría la noción de “autonomía” como expresión de la separación de los partidos políticos. De esa forma, el tema de la autonomía invadió la agenda pública desde que diversos actores, incluyendo el propio FSLN desde el estado, acusaban al MAM de haberse transformado en un partido político por medio de una especie de mimetismo con el MRS, lo que colocó al movimiento en la línea de frente en las acciones de ataque que el estado usaba para castigar a líderes del movimiento¹⁴.

Sandra Ramos es una de las más importantes líderes de las organizaciones de mujeres, referente en los temas de defensa de derechos de las obreras trabajadoras de las maquilas de Zona Franca, domésticas y promotoras de la defensa de los Derechos Económicos con enfoque de género. En la actualidad, ella dirige el Movimiento de Mujeres María Elena Cuadra (MEC), que no es aliado del MAM, al menos públicamente, pero que sí interactúa con los partidos políticos que tienen representación en el Legislativo, aunque no en períodos de campaña electoral.

Por las excelentes relaciones de Ramos con los diputados, el MEC ha conseguido la aprobación de una serie de normativas, como leyes de defensa a las trabajadoras domésticas y, más recientemente, la ley que criminaliza la violencia contra las mujeres y tipifica los feminicidios como delito¹⁵. Con esta experiencia, ella tiene una interpretación llamativa sobre

¹³ El acuerdo entre el MAM y el MRS incluía una serie de tareas para ambas esferas, cuya descripción nos parecen clave conocer para entender el desarrollo de esa interacción. Al MRS le correspondía incorporar, en su programa de campaña electoral, y de un eventual gobierno, una agenda con cinco compromisos clave para la consolidación democrática que fueron formulados por el MAM. Al movimiento le correspondía los deberes de asesorar el equipo de campaña, auditar el manejo de los fondos, apoyar candidatos y candidatas y asesorar a la bancada en el Legislativo (Acuerdo Político entre el MAM y la Alianza MRS, 2006)

¹⁴ Las acciones de golpe del Estado contra el movimiento de mujeres fueron evidentes a lo largo de 2007 y 2008. El propio presidente Ortega acusó a una ONG internacional y tres redes nacionales de organizaciones sociales (una de ellas el MAM y una organización feminista a nivel municipal) de “triangulación de fondos y corrupción administrativa” para preparar un golpe de estado. Esta acusación condujo a una larga investigación fiscal y el allanamiento con violencia de las oficinas centrales del MAM, mientras avanzaba en los juzgados de forma paralela una acusación del estado contra nueve líderes del movimiento de mujeres por “apología al delito de aborto”, debido a la demanda de sus respectivas organizaciones para restituir el aborto terapéutico.

¹⁵ El MEC inició las negociaciones con los diputados, pero no es la organización responsable por preparar la propuesta, que fue elaborada en conjunto con 23 organizaciones feministas. Con todo, el proceso de la ley fue

la caracterización de la autonomía, no sólo a propósito de la experiencia del MAM, sino de los elementos de la coyuntura que ha experimentado el país desde el fin de la revolución. Durante el trabajo de campo para esta investigación, ella compartió ese entendimiento:

“Es que el movimiento de mujeres de Nicaragua es como un vaivén de olas. Existen momentos en que el pico de la ola está alto, en otras el movimiento se retrae, pero luego vuelve a subir. Entonces, ese fluir nos da la riqueza de decidir cuando estamos dentro y cuando estamos fuera. Y es en el centro de ese flujo donde yo veo la Autonomía. Entonces, la Autonomía es ese instrumento que nos permite definir cuando estamos en la ola alta y cuando estamos en retracción. Y no podemos partir de un criterio rígido, sino más bien elástico. Ella es la que me permite tener las relaciones, saber hacer las alianzas y saber estar fuera en el momento necesario. Y con las relaciones con los partidos pasa lo mismo mira quienes son los que llegan al poder, pues”

En el caso del MAM, las líderes entraron en la alianza con el partido sosteniendo la apuesta de impactar en esas esferas de poder para incorporarles el enfoque de género, pero en la práctica esa relación también les ha servido para ocupar espacios de participación que, a depender del estado nicaragüense, estarían totalmente cerrados y controlados. En este caso, el partido no sólo “filtra” el activismo de las lideresas del movimiento, sino que también les da la capacidad de interactuar resguardándose a sí mismas en sus relaciones de liderazgo, y reconceptualizando la autonomía como ese criterio flexible apuntado por la presidente del MEC.

Algo que Montenegro, dirigente del MAM también reflexiona, pero desde otra perspectiva. La de la eficacia de las relaciones con el partido para el trabajo político de la base y el resguardo de la propia autonomía. Con su propia percepción, Montenegro lo explica así:

“Esta alianza ha sido todo un ejercicio por la membresía del MAM. Su asamblea es de individuos que deliberamos y analizamos para decidir cuál era la estrategia a seguir que permitiera, principalmente la sobrevivencia del movimiento y que impidiera que la regresión autoritaria que ya había comenzado con el pacto del 2000, se profundizara. Todo mundo nos vio como locas (...) Nosotras no jugamos al papel de sustituir al partido, sino que lo que hay es una alianza, una colaboración de un lado y del otro y que nos ha permitido defendernos adecuadamente, una vez que Ortega ya está en el poder”

altamente polémico, pues el FSLN intentó monopolizar la iniciativa a través de los magistrados del Poder Judicial, generando un fuerte conflicto dentro del movimiento. Eso no evita que todas las organizaciones feministas, conjuntamente, defiendan la ley enfrentando la polémica que se ha creado alrededor de su implementación. Para más detalles ver: <http://www.elnuevodiario.com.ni/politica/280857-polemica-ley-contra-violencia-a-mujeres>

4. Notas Conclusivas

Llegado a este punto del análisis nos parece complicado extraer conclusiones definitivas y absolutas sobre el caso seleccionado por dos razones, una de corte teórico y otra empírico. La de corte empírico nos dice que la realidad es aún más compleja de la descrita por aquí y está aún por verse si los criterios de autonomía con los que el movimiento está lidiando serán capaces de tomar cuenta de la sobrevivencia del movimiento en su enfrentamiento con el estado y la relación con la base.

Los actores están lidiando con esos criterios, los de autonomía, de identidad y de estrategias, en su cotidiano más inmediato, pero en dependencia de los avances del contexto sabremos si la tensión entre esos tres criterios puede variar o modular su intensidad o nos demandará nuevas lecturas para explicar, sobre todo, las relaciones del movimiento con el estado en un contexto complejo (de juego democrático, aunque con trazos autoritarios en sus esquemas participativos, sin duda), lo cual fue apenas mencionado aquí.

En términos teóricos, la razón más clara por la cual no podemos ser totalmente conclusivos es que estamos lidiando con una rica agenda de investigaciones que está actualmente en construcción para explicar mejor las realidades contemporáneas en América Latina. Esto nos demanda poner siempre “a prueba” la mayoría de los conceptos relacionales con los que la teoría se expresa, cuestionarlos, problematizarlos y reedificarlos para fortalecer esa agenda de investigaciones.

Para este caso, creemos que los tres criterios seleccionados de “partido como filtro del activismo”, “tensión eficacia- autonomía” y el “continuum goldstoneano” son sumamente útiles para captar la complejidad de esa realidad, pero todavía nos hace falta un criterio que creemos aparece totalmente presente en la experiencia del movimiento de mujeres de Nicaragua: el de la trayectoria.

Probablemente debido a nuestra falta de un conocimiento teórico más profundo o porque las agendas relacionales no han heredado grandes paradigmas, en términos de meta-narrativas, no encontramos un instrumental teórico capaz de ayudarnos a entender la trayectoria como un recurso que los actores del movimiento usan para superar las tensiones que les implica el relacionarse con los partidos políticos.

En el caso de Nicaragua, esto nos parece obvio. El movimiento de mujeres hace un cálculo de alianzas con el MRS porque ambos provienen de una trayectoria de conflictos con el FSLN, de modo que la tensión que pueda suponer para la autonomía queda en salvaguarda cuando la relación se convierte más aún en una especie de reunificación de sectores sandinistas que quedaron al margen del proceso de reconversión del MRS. Este es un recurso vital para entender que la alianza le puede generar un beneficio político al movimiento sin poner el riesgo la autonomía, o por lo menos, resignificándola.

Creemos que un recurso teórico que queda claro es abandonar las dicotomías “político-social” como un instrumento para el análisis, a la vez que somos obligados a, por lo menos, problematizar conceptos como “cooptación”, “independencia”, “traición” para nombrar las complejidades del actual contexto. Un mayor empeño de investigaciones empíricas con calidad podrán ayudarnos a entender si existen criterios más adecuados para explicar esa compleja realidad de relaciones.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALEXANDER, J; GIESEN, B; MAST, J.- Social performance: symbolic action, cultural pragmatics and ritual. Cambridge University Press, 2006
- ALTMAN, David. Democracia directa en el continente americano: ¿autolegitimación gubernamental o censura ciudadana? *Revista Política y Gobierno*. v. XII . n. 2 . II Semestre de 2005
- BALDIZON, J. A. El Frente Sandinista de Liberación Nacional y sus órganos partidistas locales: *una primera aproximación a los municipios de Boaco y Estelí*. FLACSO, Guatemala, 2004
- DIANI, M. The concept of social movement. *The sociological Review*, 40. 1992
- DIANI, M and McADAM, D.- *Social Movements and Networks*. Relational Approaches to Collective Action. Standford: Oxford Ed. 2003
- GOLDSTONE, J.- Bridging Institutionalized and Noninstitutionalized Politics. In: GOLDSONTE, J.- States, *Parties and Social Movements*. Cambridge University, 2003
- JASPER, J. M. Emotions and the microfoundations of politics: rethinking ends and means. In: Simon Clarke, Paul Hoggett and Simon Thompson, editors. *Emotionm Politics and society*. London: Palgrave-Macmillan, 2006
- KAMPWIRTH, K.- Abortion, Antifeminism and the return of Daniel Ortega in Nicaragua: Leftist Politics? In: *Latin American Perspectives*, Vol. 35. No 6. Women in Agriculture/Globalization, Democracy and Revolutionary Nationalist Movements (Nov. 2008) pp. 122- 136
- KLANDERMANS, B & STAGGENBORG, S.- *Methods of Social Movement Research*. University of Minnesota Press, London. 2002
- MAM. Documento Político. Política y Ciudadanía de las Mujeres. Bases de la refundación del Movimiento Autónomo de Mujeres de Nicaragua. Matagalpa/Managua, Febrero 2006
- _____ Acuerdo Político entre el Movimiento Autónomo de Mujeres de Nicaragua (MAM) y la Alianza Movimiento de Renovación Sandinista (MRS). Managua, 15 de Junio, 2006
- McCARTHY, JOHN D. and ZALD, M. N.- “Resource mobilization and social movements a partial theory”. *American Journal of Sociology*, v.82, n. 6. 1977
- McCARTHY, J; McADAM, D.- *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas*. ED. Istmo, Madrid, 1996
- MELUCCI, A.- A Strange Kind of Newness: What’s new in New Social Movement? In: Laraña, Johnston e Gusfield. *New Social Movements: From Ideology to Identity*. 1994
- MELUCCI, A.- *Acción Colectiva, vida cotidiana y Democracia*. México. El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2da Ed. 2010
- MUNK, G.- Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales In: *Revista Mexicana de Sociología*, vol 57, nº 3 (Jul – Sep, 1995) pp 17 - 40
- MOREIRA, C.- Los Dilemas de la Nueva Izquierda Gobernante en América Latina. In: *Pensamento Plural*, Pelotas [01] : 49 – 64. Julho/Dezembro, 2007
- POLLETA, F.- *It was like a fever: storytelling in protest and politics*. Chigago Univerity Press, 2006

POUSADELA, I.- Artigo de Introdução In: Alegre, P. *Las izquierdas Latinoamericanas*. 1ª Ed. CLACSO. Buenos Aires, 2010

SETALA, M. E SCHILLER, T. Org. Referendums and Representative Democracy: Responsiveness, accountability and Deliberation. Routledge. New York. 2009

SNOW, D., ROCHFORD, B., WORDEN, S., BENFORD, R. Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation. *American Sociological Review*, 1986

SOSA SANTOS, B.- La Reinención del Estado y el Estado Plurinacional. In: OSAL. Buenos Aires, CLACSO. Año VIII. No. 22. Septiembre, 2007

TARROW, S.- El Poder en Movimiento. *Los movimientos sociales, la acción colectiva y la Política*. Al. Editorial. Madrid, 1997

TATAGIBA, L.- Relação entre movimentos sociais e instituições políticas na cidade de São Paulo: o caso do movimento de moradia. In: “São Paulo: Novos Percursos e Atores”, CEM/Cebrap. 2011 (233-252)

TILLY, CH.- From Mobilization to Revolution. Reading, MA: Addison – Wesley. “Social Movements and National Politics” In: *Statemaking and Social Movements*. 1984

WELP, Y. SERDULT, U. Cuando es peor el remedio que la enfermedad: Análisis de la revocatoria de mandato en los municipios de los países andinos. 54 Congreso Internacional de Americanistas “construyendo diálogos en las américas”, Viena, Austria, 15-20 de julio de 2012.

ZIBECHI, R.- “Movimientos Sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos” In: OSAL, año VII, n° 21. Buenos Aires, CLACSO. Sep-Dic. pp 221-230. 2006

http://www.correiocidadania.com.br/index.php?option=com_content&view=article&id=6538:submanchete211111&catid=30:america-latina-&Itemid=187

<http://impreso.elnuevodiario.com.ni/2006/10/27/nacionales/32372>

<http://www.elnuevodiario.com.ni/politica/280857-polemica-ley-contra-violencia-a-mujeres>